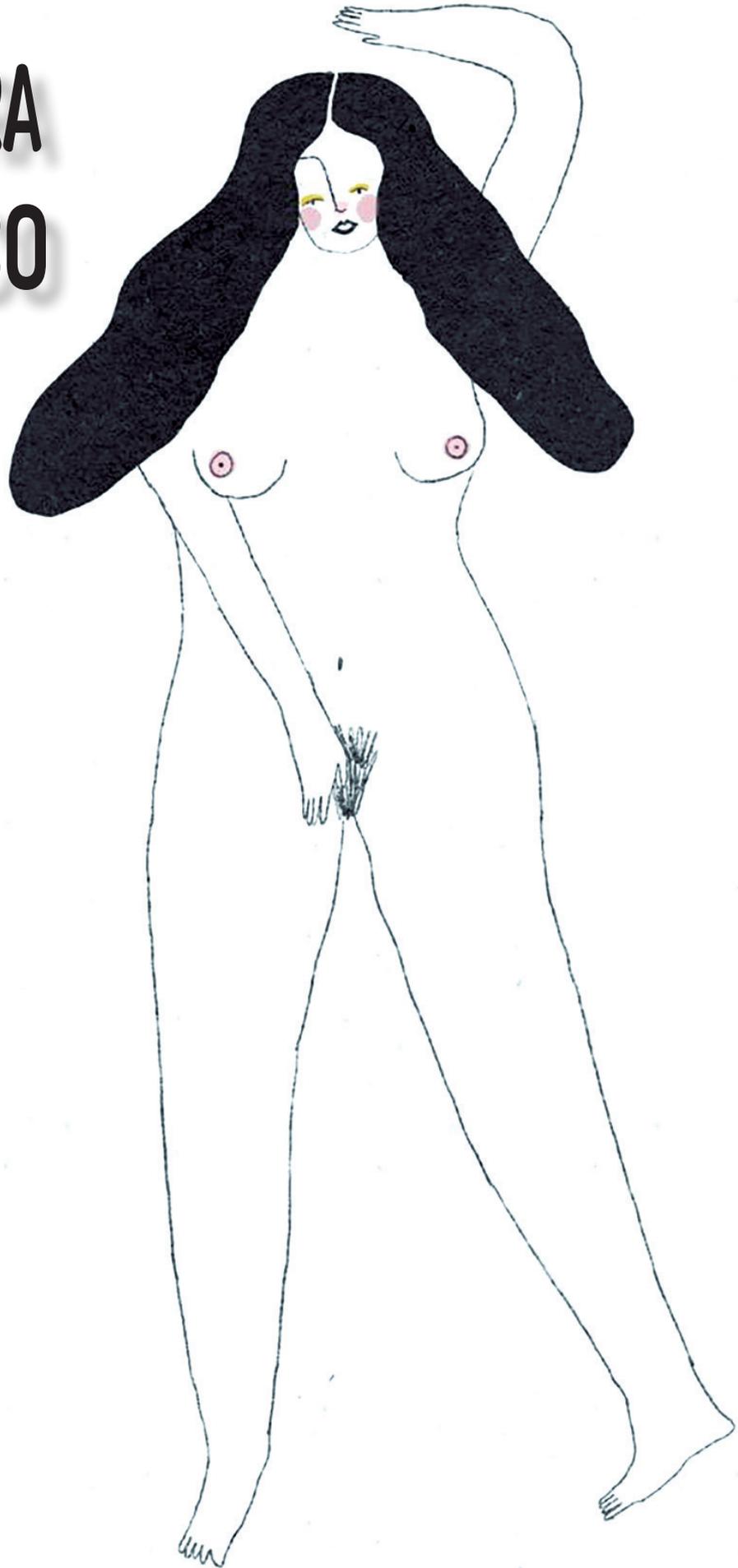


LA CULTURA EN MÉXICO



04/09/2020

59

evistaSiempre





La virginidad en la era del Superlike

CHOCOMENTA

POR SUJAILA MIRANDA

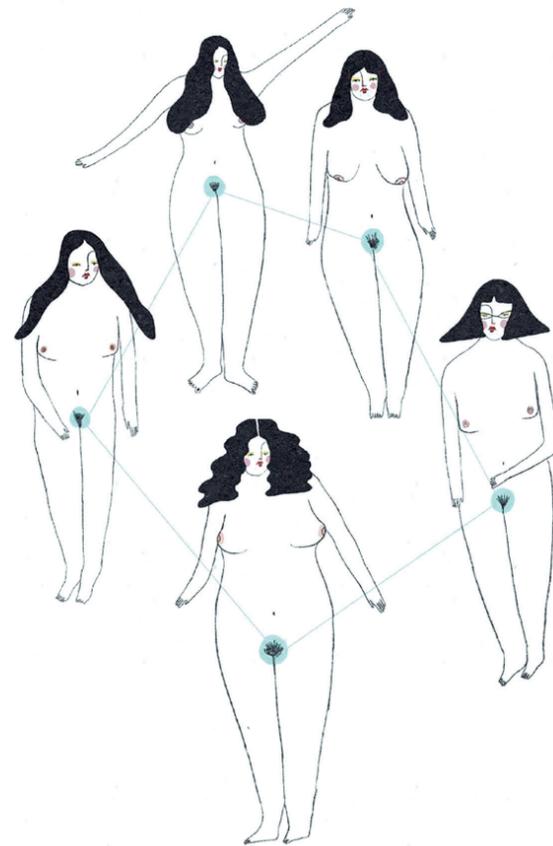
A los 23 años dejé de ser virgen. Edad poco usual. En México, las mujeres comienzan su actividad sexual alrededor de los 17 años. Yo elegí, y tuve la suerte de que nada se interpusiera en mi elección, tardarme el tiempo necesario para vivir esa experiencia hasta sentirme lista. Siempre tuve claras tres cosas: primero, quería que fuera una decisión sólo mía (sin presiones de alguna pareja); segundo, quería sentir seguridad y confianza; tercero, quería evitar ser consumida por un terrible recuerdo si las cosas salían mal. Por ello, debía procurar que todo fuera como en las películas (era ilusa pero paciente).

Cinco factores que me han ayudado a construir mi sexualidad y a escribir este ensayo:

- Pláticas con amigas y mujeres de mi familia.
- Espacios íntimos de reconocimiento al leer a varias escritoras.
- Consejos que fueron dichos al aire o a alguien más pero que yo tomé prestados.
- Talleres de sexualidad.
- Increíbles hilos en Twitter.

a. La pregunta feroz

"¿Cómo perdieron la virginidad? Júntense en equipos y compartan sus respuestas" nos dijo la expositora del taller de sexualidad. Me tocó estar con una amiga que estudia pedagogía, una chica de teatro y un chico de filosofía. Alguna de las personas encargadas del servicio social en UNAM Peraj-adopta un amigo había decidido que era buena idea que nos dieran un taller de sexualidad. Así que, ahí estábamos acatando la orden de tener que hablar sobre una experiencia quizá vergonzosa, quizá dolorosa, quizá traumática y en definitiva íntima. Mis compañeras de equipo comenzaron a contar sus historias y soltaron relatos bastante descoloridos, el chico ni siquiera la dijo, yo tampoco ya que aún no la vivía. Terminando el taller me reuní con mis amigas, todas comenzaron a sacar chismes de



lo que escucharon durante el ejercicio, también se comentó mi virginidad que las tenía impactadas: "¿En serio sigues virgen?" "¡Güey, no te creo! ¿Real?" "¿Por qué?" Estaban sorprendidas por mi inexperiencia y yo estaba sorprendida por sus malas experiencias. Cada una, sin excepción, la había pasado mal.

Alrededor de una mala relación sexual se pueden fosilizar silencios, dolores y hasta culpas, en lugar de sacar las riquezas y fortalezas que se podrían obtener a partir de una consciencia abierta y un espacio seguro y libre. **El estigma y el tabú alrededor de la sexualidad de la mujer no es un hecho único y aislado sino que, lamentablemente, es algo que atravesó/atraviesa/atravesará a millones de mujeres.**



Audre Lorde en su diario post mastectomía escribe "sin comunidad no hay liberación, no hay futuro, solo el armisticio más vulnerable y temporario entre yo y mi opresión". A pesar de que escribo desde lo personal, la construcción de mi sexualidad (que sigue en proceso) ha sido una práctica colectiva llena de pláticas y momentos de compartir conocimientos. Sin ello, no hubiera podido llegar a los argumentos que aquí planteo. Es innegable la crueldad, dolor o miedo que me he encontrado en este tema, pero también me queda claro que está plagado de otros actos continuos como aprendizaje, enseñanza, sobrevivencia, lucha y, lo que más quisiera es que, a partir de un proceso de deconstrucción, a esta experiencia la acaparara el goce.

b. "El arte de perder no es difícil de aprender"

Al comenzar a escribir sobre perder la virginidad, la manera en que se le nombra comenzó a molestarme. ¿Por qué a una primera experiencia la ponderaba el verbo "perder"? Eso no pasa con otras primeras veces. La primera vez que viajé sola nadie habló sobre "perder algo", al contrario, la gente me decía que iba a adquirir madurez, sabiduría y buenos recuerdos.

Perder: dejar de poseer. La semántica de la palabra perder nos lleva enseguida a un momento de arrepentimiento, nostalgia, tristeza o desesperación. El verbo "perder" deja toda la carga de responsabilidad al sujeto que lo ejecuta, lo cual resulta extraño en el caso de una experiencia sexual al no ser una acción individual¹.

Generalmente, cuando se pierde algo, una neblina de culpa aparece, nos culpamos a nosotras mismas, y comenzamos un interrogatorio: ¿por qué perdí las llaves? (¡estrés!) ¿por qué perdí el tren? (¡estrés!), ¿por qué perdí la virginidad? (¡estrés?) Con algo perdido nos sentimos desamparadas, pero esto perdido no es un objeto, sino una posesión que se atañe a nuestra corporalidad, así que, ¿qué es lo que perdemos? ¿Un cachito de nosotras mismas?

Perder, perder, perder. ¿Entonces, nos derrotan?

Intentemos con otra palabra: *dar*. "S tenía un regalo para T" o algo así es la frase que se utiliza en clases de gramática cuando aprendes sobre el Objeto Directo y el Objeto Indirecto. El Objeto Directo de la virginidad, idealmente debe ser dado al heteronormado Objeto Indirecto *amor de la vida*, un Objeto Indirecto que cumpla con los estándares del amor romántico o, como le dice la escritora Brigitte Vasallo, *amor Disney*. Entonces el Objeto Indirecto se vuelve el ingrediente más

¹ En este escrito la primera experiencia sexual se refiere al coito, no se toma en cuenta a otros tipos de experiencias sexuales como la masturbación que generalmente es la primera experiencia y es individual.





importante de la receta, contrario a las reglas gramaticales, pues el sujeto debería encontrarse en el foco central.

Darle a alguien la virginidad, otra frase ya gastada. Dar algo también significa perderlo. El hermoso poema de Bishop, *One Art*, utiliza la anáfora “the art of losing isn’t hard to master”² y nos recuerda que las mujeres dominamos a la perfección el arte de perder. Cambiar el verbo perder por dar no es suficiente, ¿qué pasaría si también cambiáramos al Objeto Indirecto? Si en lugar de preguntarnos “¿con quién perdiste tu virginidad?” O “¿A quién le diste tu flor?” Nos preguntáramos: ¿cuándo te diste tu primera vez? La semántica de esas palabras hace que todo el sentido de la vivencia comience a cambiar. Al nombrar diferente a la realidad, la transformamos. Si la experiencia de la primera vez fuera vista como un *darnos a nosotras mismas* apuesto a que sería mucho más grata. ¿No les pasa que prefieren sus auto-regalos a los regalos que alguien más les hace? Porque sabemos qué es lo que queremos y entendemos exactamente lo que necesitamos. La primera vez debería ser un *darnos* y así no perderíamos nada.

c. Sembrar un jardín

“¡CY, eres un violador!” una chica sentada en el piso del aula en la Facultad de Filosofía y Letras se levantó y volvió a gritar la acusación contra mi compañero de banca: “¡CY, eres un violador!” No estaba sola, había otras ocho mujeres acompañándola y todas lanzaban acusaciones que parecían relámpagos de glitter.

CY—violador— estaba en esos momentos ocupando el centro de la mesa, dando su ponencia “¿El reggeton es cultura popular?”, en la segunda edición del *Coloquio de Cultura Popular*. El aula estaba llena porque V, el profesor de Filología I, nos había obligado a ir. Yo estaba en primera fila por haber llegado tarde (como siempre) y había corrido con la suerte (como siempre también) de que uno de los ponentes me ofreciera su silla y la colocara hasta enfrente.

² Traducción: “el arte de perder no es difícil de aprender”.



La novia de CY—violador— estaba sentada detrás de mí, lloraba a mares. Las chicas seguían vociferando contra el victimario una a una:

“¡La violación no debe ser cultura popular!”

“¡Violaste a tres compañeras!”

“Un violador no debería tener espacios como este”.

“Le dedicó la ponencia a su novia...”

“Si las autoridades no hacen nada, ¡nosotras no te vamos a dejar tranquilo!”

“¡CY eres un violador!”

Luego una pregunta hacia el *quórum*: “¿ustedes están en desacuerdo con que sigan dándole espacios como este a un violador? ¡Levanten la mano!” Solamente yo y otras dos chicas de la clase levantamos la mano. La moderadora dijo que ya era suficiente, se había dado espacio para la libertad de expresión y ahora era momento de seguir con la ponencia. Pero las feministas no cedieron, no querían que un violador tuviera una voz con micrófono. Se canceló el Coloquio y cuando salimos al pasillo las paredes estaban cubiertas con carteles que tenían la cara de CY, arriba decía “VIOLADOR”. Eran como anuncios de búsqueda de mascotas perdidas. Las compañeras buscaban justicia.

Regresamos al salón de clases. V era amigo de CY—violador—, por eso nos había obligado



a ir a su ponencia. Nos dijo que estaba muy molesto por lo que acababa de pasar “vayan sacando su tarea, ahora vuelvo, voy a ir por CY porque las feministas lo tienen preso en el aula y no lo dejan salir”. Después de un rato regresó sin su amigo violador, no revisamos la tarea, nadie la había hecho. El trato había sido ir a la ponencia y atrasar el plazo de entrega, así que V comenzó a explicar la yod tercera. De pronto, azotaron la puerta del salón, eran las chicas que habían realizado el escrache, “venimos a dar un anuncio” nos dijeron mientras pegaban uno de los carteles buscastencia en el pizarrón y comenzaron a hablar sobre las acusaciones de violación. V las cuestionó dos o tres veces, al final se quedó callado. Cuando terminaron su discurso y salieron, una de ellas antes de cerrar la puerta se volteó y nos dijo: “Nosotras sí las creemos, compañeras”.

El feminismo había sido una palabra altisonante para mí hasta el episodio de CY —violador—. Después de eso comencé a investigar más y más, hice mis propias lecturas: Beauvoir, Despentés, Solnit, Chimamanda... La teoría me fue formando distintos puntos de vista que tenía sobre aspectos básicos de la vida, principalmente sobre mi cuerpo y mis relaciones personales. La cuarta ola feminista comenzó a alzarse hasta convertirse en un tsunami. El contexto mexicano ayudó a que tuviera más conciencia: una compañera de la carrera desaparecida³, 7 feminicidios al día (ahora son 11) y el escrache por Twitter o en los pasillos de la Facultad. La violencia de género en México te abofetea todos los días.

Ahora me autoproclamo feminista. No lo idealizo. Es agotador y a veces tedioso serlo, sin embargo, cuesta trabajo imaginarme en otro espacio que no sea la militancia feminista. Como la semilla que con ayuda del

³ Mariela Vanessa desapareció la mañana del 27 de abril del 2018, era estudiante de segundo semestre de la carrera de Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras. A la mitad de mi último semestre de la carrera, cada que entraba a un salón de clases había alguna silla con un letrero que decía: “En este lugar falta una compañera, aquí debería estar sentada Mariela Vanessa Díaz Valverde”.

viento migra hacia otra tierra para florecer, el feminismo es mi viento. Comenzar una vida sexual desde y a partir del feminismo ha logrado que cultive experiencias llenas de cariño y autocuidados. Me parece absurdo el eufemismo de “perder tu flor”, porque yo no siento que haya perdido nada, sino que ahora poseo un jardín lleno de flores (algunas con espinas, pero flores, al fin).

d. La primera vez nos importa mucho... ¿A quiénes?

He escuchado a hombres diciendo que “a las mujeres nos importa mucho nuestra primera vez”. Si esa idea fuera verdad, pareciera que ellos quedan excluidos de la posibilidad de sentir que su primera vez es importante. Sobre la sexualidad de las mujeres, Segato dice: “en el mundo que conocemos, está impregnada de moralidad”, y sí, en cambio, la primera experiencia sexual de los hombres es como desbloquear un nivel para que su avatar consiga una bazuca necesaria en el siguiente nivel del videojuego *Call of —masculinidades tóxicas— duty*.

Además de la moral, la carga simbólica en la sexualidad de las mujeres raya en lo místico. Pareciera un ritual tan peligrosamente sagrado que, aún en la sociedad moderna latinoamericana (con su gran influencia occidental), viene con el velo del estigma. La primera experiencia sexual nos es importante —a la gran mayoría—, pero la importancia social ha intervenido a la personal.





Brenda Ríos escribe en su ensayo sobre Becky G: "En sociedades machistas como las latinoamericanas, permeadas de una religiosidad católica cansina, bárbara, de doble moral, ¿no será acaso esa la mayor libertad a la que puede aspirar una persona: entregar y recibir el cuerpo?" Y sí, habría que entregar más el cuerpo, pero hacia adentro, hacia nosotras mismas, dárnoslo todo.

e. Cómo un hilo de Twitter puede fulminar cualquier esperanza

En el 2017 BuzzFeed sacó el artículo *Dudes, It Appears That Some Of You Are Not Sure How To Wipe Your Butt*⁴ que tenía pantallazos de las declaraciones de mujeres que habían tenido parejas que no se limpiaban bien después

⁴ Traducción: "amigos, tal parece que algunos de ustedes no saben limpiarse el trasero"

de ir al baño. El 7 de noviembre del 2018 @marianalaarina linkeó el artículo de BuzzFeed en su cuenta de Twitter con la siguiente leyenda: "hay que hablar de este tema de mierda: ¿Por qué hay hombres que no se limpian? Cuéntenme sus experiencias más nauseabundas" A lo que varias personas contestaron con testimonios fétidos sobre cómo habían estado en medio de una experiencia sexual y en eso... ¡Pum! Descubrieron que el chico estaba embarrado de caca. Lo peor fue que muchas mujeres no cortaron el momento de intimidad sino que se aguantaron el asco y continuaron sin siquiera comentarles nada a sus parejas por miedo a que ellos se ofendieran. ¿Por qué pasa esto? ¿Por qué aguantaron algo así? **Porque a las mujeres se nos ha enseñado a no rechazar, a no decir que no y a cuidar la masculinidad frágil de estas personas que ni siquiera saben limpiarse.**



Después de leer de manera muy atascada todas las respuestas al hilo de @marianalaarina, mis esperanzas en la heterosexualidad flaquearon. Tener que lidiar con una idealización frustrada, con el estigma por la carga moralista, la culpa que pudiera surgirme, las inseguridades, la vulnerabilidad, el dolor... Y encima tenía que preocuparme por otra cosa que jamás hubiera imaginado: que la persona con quien tuviera mi primer encuentro sexual supiera limpiarse después de ir al baño.

f. Disney, enemigo mortal

Perder la virginidad con el amor de mi vida y, hasta que ese *amor de mi vida* se casara conmigo, era como se me había programado. Crecí en un hogar que convencionalmente podría definirse como religioso y tuve una fuerte influencia por parte del maravilloso y mágico mundo de Disney. Mezcla fatal. La cristiandad y ser una chica Disney anularon el desarrollo libre y sano de mi sexualidad durante la pubertad y adolescencia.

En mi mente había una serie de pasos a seguir y si no los cumplía sería una pecaminosa, una chica fácil, una princesa fracasada o todas a la vez. La logística era la siguiente: encontrar al amor de mi vida, luego estar de novia un tiempo adecuado, tener una romántica pedida de mano,



boda millonaria —porque el amor de la vida debe ser millonario, un príncipe del capitalismo, pues— y luego, por fin, *perder la virginidad* en mi luna de miel, la cual implicaba todo un contexto, más que costoso e imposible, ridículo. Soñaba con estar en París, en algún lugar donde se pudiera ver desde la ventana la Torre Eiffel y así, el armatoste de 300 metros de hierro pudelado sería testigo de mi momento más romántico y glorioso. En resumen: lo idealicé en extremo.

La primera vez que fajé con alguien me sentí mal durante días. Era como estar sucia, me bañaba y un escalofrío de incomodidad subía por mi cara, creía que mi cuerpo había quedado marcada por una falta. Aún así, me consolaba pensar que las cosas no estaban completamente perdidas: *seguía siendo virgen*.

g. Historial de relaciones tóxicas

A los dieciséis años comencé a andar con el mismo chico que a los catorce me había dado mi primer beso de lengua, era tres años mayor que yo y duré con él cuatro años. Hubo varios lapsos de carne débil en los que estuve a punto de tener mi primera relación sexual pero había dos problemas: no estábamos en París y él no era virgen. Eso no era justo. Yo estaba guardando mi primera vez para el mentado *amor de mi vida*, entonces, ¿por qué él no había hecho lo mismo? Así me di cuenta de que no todo el mundo funcionaba con mi misma lógica, sobre todo, el mundo masculino.

Luego de entrar en la dinámica desgastante de cortar y volver, de una depresión de tres meses y de un mal desempeño académico, un día, mientras veíamos *Game of Thrones* en mi cuarto, pausé el capítulo en mi lap top para ir al baño, mientras vaciaba mi vejiga él se metió a revisar mi Facebook. Se puso celoso por las conversaciones que tenía con mis amigos. Lo mandé al diablo por invadir mi privacidad. Le pedí que se fuera de mi casa y no lo volví a ver.

Después tuve otro breve y aún más tóxico noviazgo. Lo único interesante fue que él *también era virgen*. Creí tener suerte por encontrar a alguien así en su última etapa



universitaria porque tal vez podríamos compartir nuestra primera experiencia. Ya era más realista, el sueño de París había sido superado y ya ni siquiera creía en el matrimonio. Estaba más puesta que nunca. Al final, con ese novio no pasó. De hecho, fue una época en la que me sentí poco deseada por mi pareja: cada que yo quería tener intimidad, él me decía que estaba cansado, que le dolía algo o que ya debía regresarse a su casa. Escasas veces estuvimos juntos de esa manera, pero siempre la vocecita que está en los momentos decisivos me decía: “*amiga date cuenta que con este chavo nada bueno puede pasar. ¡Mándalo por un tubo!*” No lo mandé por un tubo, aunque tampoco quise dejar de ser virgen con él. Esos meses de noviazgo fueron aún más tormentosos que la última etapa dramática con mi primer novio-celosorevisacuentasdeFacebook. No sentirse deseada es terrible, desató una gran inseguridad en mí y a todas horas me sentía fea y poca cosa. Por fin, él me hizo ghosting⁵, justo tres semanas antes de que yo me fuera de viaje con mi mejor amiga.

h. Tinder date

El jet lag y una amiga ocupada con su tarea de final de semestre me orillaron a comenzar a dar swips en Tinder y le di like a un chavo que me había dado superlike, su perfil tenía los emojis de dos banderitas: la francesa y la inglesa. Comenzamos el muy difícil, pero a veces bien dado, coqueteo por chat, que tiene un solo fin: lograr la consolidación de una cita.

La inclusión de mis amigas en el plan de una tinder date es quizá lo que se lleva el 30% de mi diversión. Esto siempre lo hago porque considero una actividad de alto riesgo el tener tinder dates, digo, contexto mexicano: 11 feminicidios al día y top en países de trata de blancas. No soy exagerada, solo no me valgo padres. Por eso siempre procuro tener a una amiga en el mismo lugar en donde vaya a ser mi cita. En esta ocasión, Z y su primo tenían que estar rondando

⁵ El término ghosting, que en su traducción al español podría ser “hacerse el fantasma”, es cuando una persona con la que tienes una relación afectiva desaparece de tu vida sin ninguna explicación o despedida.



por Trocadero para vigilarme desde una distancia considerable.

Estaba esperando en el punto de reunión cuando escuché mi nombre con un acento extraño, me di la vuelta y vi a Superlike por primera vez: alto, guapo, con camisa de cuadros, era algo así como una versión parisina de Zac Efron en High School Musical.

Él traía una botella de vino rosado y una bolsa de papas, fuimos a sentarnos en el pasto, viendo hacia el Sena. Cuando se acabó el vino y el alcohol presionó demasiado nuestras ganas de ir al baño tuvimos que entrar a un bar. Consumimos más alcohol. Superlike había conseguido gustarme mucho, la estaba pasando demasiado bien, pero tenía límite de tiempo al igual que Cenicienta. Al otro día volábamos a Roma tempranísimo y ya había recibido mensajes de Z para que no me tardara más en llegar al



departamento porque quería descansar y solo se mantenía despierta para poder abrirme la puerta. Así que, Superlike pagó la cuenta — mi costumbre de dividir la cuenta se cancela cuando el pago es en euros⁶— y me acompañó al departamento de la tía de mi amiga, que era donde nos estábamos quedando, justo detrás de la Torre Eiffel. Cruzamos la avenida con las manos entrelazadas y la gran obra de Gustave se iluminó con cientos de estrellitas. Me preguntó si quería que entráramos al jardín que está entre las patitas de la torre, la verdad no quería gastar dinero y le dije que no, pero él supo interpretar mi negativa y me aclaró que era gratis, así que yo y mi presupuesto suspiramos de alivio. Entramos al jardín. Debajo de una noche estrellada nos besamos. “Tu primer beso francés” me dijo.

Cuando volvimos de Roma tuve un segundo encuentro con Superlike que fue otro gran chick flick del cual sólo diré los lugares a los que fuimos: Chez Janu, El Panteón y Jardines de Luxemburgo.

⁶ Pagar la cuenta o no pagar la cuenta, ahí el dilema. Pagar la cuenta entra en los usos y costumbres de la caballerosidad, lo cual me recuerda a un grandioso hilo de Twitter de @victorcallas, estudiante de Letras Francesas, en el que explica cómo la caballerosidad fue creada por las mujeres en la corte francesa como un mecanismo de defensa para que no las violaran. Así pues, realizaron un código de cortejo para que los caballeros pudieran hacerse acreedores de sus gracias. Antes de estas prácticas, lo normal era disponer de las mujeres y su corporalidad cómo, cuándo y en dónde les placiera. Además, ya hablando de cuestiones más actuales, sobre mi decisión de pagar la cuenta o no, yo registro otros gastos patriarcales que realizo, como el pink tax que, según la Procuraduría Federal del Consumidor (PROFECO) nos hace pagar 17% más por el mismo producto solo por el hecho de ser para mujeres y claro, otro factor a tomar en cuenta es el salario de los hombres que es 20% mayor al de las mujeres acorde al Organización Internacional del Trabajo (OIT). En lo personal, a mí y a mi precariedad millennial nos gusta que nos paguen la cuenta. Aunque si la persona tiene todo mi cariño o la situación es dirigida hacia un contexto equitativo, yo pago la cuenta o la divido.

La tercera cita fue otro rollo. Ya él quería ver más clara la cosa, no me quedaba mucho tiempo en París y aún no habíamos tenido intimidad más allá de un mini —muy mini— fajoneo en los Jardines de Luxemburgo. Me dijo que si quería hacer un picnic cerca de su casa. Al principio le di una negativa, (la resistencia seguía ahí, resistencia a soltar un ideal moribundo, resistencia a liberarme). Después le dije que “siempre sí”. Su casa estaba bastante lejos de donde yo me quedaba, a unos 35 minutos, era un departamento con balcón desde donde se veía todo París.

Comenzamos a cocinar, luego a besar, después a desvestirnos y finalmente, le tuve que poner el aviso de restricciones: el nivel máximo de ese encuentro sería sexo oral. Sentí un poco de vergüenza y no quería que él se decepcionara por las restricciones o que se molestara, pero mi vocecita me dijo: “si no puede respetar lo que tú quieres hacer con tu cuerpo, entonces nada de lo que hagas con él se sentirá bien”. Al final, reaccionó más que bien y dijo que solo haríamos lo que yo quisiera. Después de otra sesión de besos me preguntó: “¿eres virgen?”, le dije que sí y tuvimos una charla que básicamente fue de mejores amigos. Le conté cómo había construido una gran ilusión romántica y conservadora sobre la primera vez pero que ya se había esfumado (o quería que se esfumara), sin embargo, parecía que entre más tiempo pasaba había más conflicto y presión. Él me dijo lo que muchas personas ya me habían dicho: “hazlo cuando te sientas cómoda y segura”.

i. Incomodidad, esa cucaracha del día a día

El patriarcado ha marcado la corporalidad de las mujeres de diversas formas. Tal vez por la crisis de violencia en nuestro país pensamos únicamente en expresiones como abusos sexuales o feminicidios, pero de una manera mucho más sutil, el patriarcado nos violenta nuestras corporalidades todo el tiempo con el impuesto modelo de belleza.

Todos los días nos enfrentamos a hechos incómodos que tienen que ver con la manera en que nos relacionamos con nuestra corporalidad, por ejemplo, vernos en el espejo



y colocar una atención central en nuestros supuestos defectos llega a ser un momento de tensión, frustración o tristeza. Para una mujer es fácil sentirse incómoda, pues nos educan para nunca estar felices con nosotras mismas.

Teorías de corporalidades gruesas, campañas de modelos dejándose las axilas sin rasurarse o mujeres mayores como Jennifer López haciendo performance en el Superbowl como si fuera cualquier veinteañera, nos dejan tambaleando en una superficie no tan segura; supuestamente se busca llegar a la liberación del modelo hegemónico de estética pero a su vez se crea un espacio restringido, pareciera que sólo cantantes famosas o súper modelos tienen derecho a transgredir el canon de belleza (aunque ellas ya son o fueron parte del mismo). Se puede caer en la peligrosa idea de “es que ella sí puede andar con las axilas peludas porque es Emily Ratajkowski”. Por eso hay que tener cuidado y acercarse a estas tendencias de transgresión del ideal de belleza desde vías que tengan un mayor percance de identificación

por ser mujeres de la vida cotidiana quienes las impulsan. Por ejemplo, Constanza Álvarez Castillo, en su libro *La cerda punk* habla sobre corporalidades gruesas sin el filtro curvilíneo con el que aparecen las mujeres en la portada de Vogue, o las tendencias de body positive en algunas cuentas de Instagram donde muestran que *tener estrías y celulitis es normal y sensual*.

La sexualidad tal vez sea el concepto que reúne las más grandes incomodidades de nuestra vida. Es un hecho que implica poner la cuerpo en su estado más vulnerable: desnudo. Ser observadas puede hacer que nos sintamos juzgadas. Muchas veces cuando alguien mira nuestra cuerpo pensamos que no cumplimos con lo que se espera de nosotras. Hay una desmedida exigencia sobre la estética corporal de las mujeres y, además, existe otra cosa que causa aún más incomodidad: *el dolor*. Es doloroso depilarse, es doloroso aguantar antojos de postres, es doloroso hacer largas rutinas de entrenamiento... Sin embargo, nos dicen que si



cumplimos con todas esas cosas incómodas entonces, algún día podremos llegar a estar cómodas con nosotras mismas porque alcanzaremos a embonar con el modelo estético determinado por el capitalismo. **La realidad es que es imposible llegar a una comodidad plena a través de un camino lleno de incomodidades.**

j. Con amor propio y sin amor romántico

La escritora Gaby Wiener en un ensayo llamado *El sexo de las supervivientes* dice: “me gustaría pensar en cómo hacer cada vez más del sexo una experiencia consentida y con sentido, en que aprendamos a jugar, salir y entrar en roles, consensuar, ficcionar oscuridades pero volver a la luz, acordar y cuidar, buscar que el sexo también sea una vivencia real de encuentro con el otro y la otra, de verdad y trascendencia.” Entrar y salir de una experiencia sexual sin ningún rasguño emocional, con la posibilidad de recordarla y sonreír en vez de hacerlo con vergüenza y poner un bloqueo automático en nuestra memoria, sería lo mejor para todas.

Yo no creo que la gente deba esperar hasta sus 23 años para darse una primera experiencia sexual agradable o que sea mejor vivirla con alguien de Tinder en lugar de con una pareja romántica de años. Lo que sí creo es que tener un proceso de deconstrucción ayuda muchísimo a pasarla bien durante el sexo. Yo no hubiera sentido a mis 16 lo que sentí a mis 23 porque a los 16 creía que perder mi virginidad antes del matrimonio era el peor error que pudiera cometer. A los 23 viví una experiencia emocionante y divertida, fue como cuando llegas a un buffet y quieres probar de una vez todo, entonces comienzas a llenar tu plato de cosas que quizá no te gusten y por la emoción las tomas, las pruebas, te abres al descubrimiento de sabores que podrían convertirse en tus favoritos.

No fue rápido, hasta fue cansado. Ambos quedamos satisfechos (*satis facere* que significa hacer suficiente y esa sensación fue justo la que obtuve).





Cuando terminamos nos medio vestimos y él se puso a cocinar. Comimos en el balcón. Se veía todo París y me pareció ver que la Torre Eiffel me hacía un guiño infantil y bromista. Obtener el cumplimiento de esa parte de mi antiguo sueño fue como ver a mi yo del pasado estrechándole la mano a mi yo del presente. Sonreí al notar que entre ambos no había rencores.

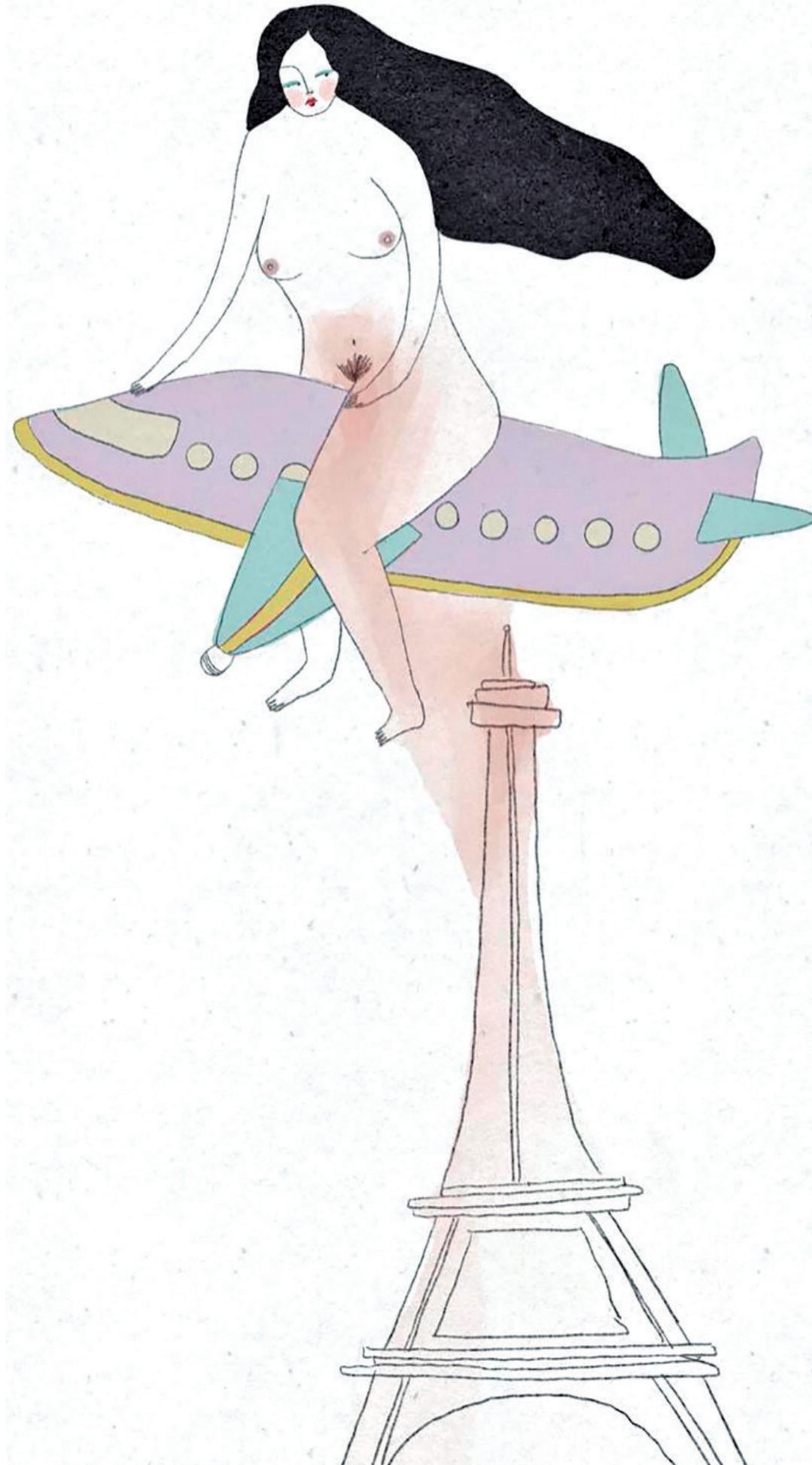
No fue una historia de amor romántico pero sí de amor propio. Yo no estaba enamorada de Superlike. Me enamoré de mi felicidad, mi goce, mi capacidad de elegir y llevar las cosas en la dirección que yo quería. Rompí con toda la presión del amor Disney, quizá eso fue lo más complicado para mí y lo que más tiempo me tomó alcanzar.

k. El crimen: la parte sucia del relato

Había sangre por todas partes. Yo iba dejando manchitas rojas tras de mí y Superlike me seguía gateando mientras restregaba con una toalla mojada al piso. No quería dejar ninguna prueba, era como si limpiara la escena de un crimen. Todas sabemos que en la primera vez sangramos, incluso hay gente que sigue creyendo que sangrar es un certificado de buen estado del producto, si siguiéramos esa lógica machista yo, de toda la estantería, hubiera sido el producto de mejor calidad. Cuando digo que había mucha sangre, no exagero. *Había mucha sangre*. Ya en México mi ginecólogo me explicó que mi himen era muy grueso y por eso había sangrado tanto. Sin embargo, Z tuvo que soportar durante 12 horas de vuelo mi delirio fatalista de creer que me estaba desangrando.

En fin, era mi último día en París y vi a Superlike en la mañana para despedirnos. El cliché francés continuó: me tocó una canción en su piano y luego escuchamos Aline de Christophe. Comenzamos riendo, luego todo fue más lento, hablamos, consentimos, seguimos el rumbo con cuidado y decididos.

Su abdomen y entrepierna se pintaron de rojo. La sangre atravesó las sábanas coloreando el colchón. ¡Vaya souvenir! Él notó mi cara de preocupación al ver tanta sangre y me preguntó si me sentía bien, le dije que sí, "lo que importa es que no te duela, por lo demás no te preocupes" me dijo. No hubo dolor, se sintió como una explosión de chocomenta: dulce, fría y al final se derritió. ☹



I. Bibliografía de una colectiva de mujeres

Agradezco a aquellas mujeres que compartieron las memorias de sus primeras experiencias sexuales conmigo, fueron como libros de consulta. Ahora aparecen aquí algunos fragmentos de su realidad:

- "Yo tenía muchas ganas de hacerlo y le insistí a mi novio hasta que por fin lo hicimos, estuvo chido."
- "Mi experiencia sí estuvo eriza... A pesar de que le dije que no, el vato meco continuó haciéndolo y yo ni supe cómo reaccionar, me tardé varios años en reconocer eso como abuso sexual"
- "Fue con un novio súper serio que tuve, cuando lo hice no entendí cómo a la gente le gustaba eso, no me la pasó bien, estuvo de hueva."
- "Nos embarramos de muchísimo lubricante, por eso no me dolió, yo creo... Fue muy bonito."
- "Perdí una apuesta con una amiga, ¡y lo tuve que hacer con un chavo que no era mi novio ni nada! De todas maneras nunca lo había idealizado, pero fue horrible porque me dolió."
- "Al principio me sentí culpable, como que había hecho algo malo, pero luego pensé que igual y sí fue más o menos como una violación porque no hubo consentimiento, yo no estaba segura."
- "Me dolió muchísimo, me vestí rápido y me fui, no dejé que él me acompañara a mi casa."
- "Fue en la cabina de radio del CCH. Cuando el vato supo que era mi primera vez se espantó. Creyó que me iba a enamorar de él o algo."